

Hans Beck / Julián Gallego / Carlos García Mac Gaw / Francisco Pina Polo
(compiladores)

ENCUENTROS CON LAS ÉLITES DEL MEDITERRÁNEO ANTIGUO

Liderazgo, estilos de vida, legitimidad



PEFSCEA

MIÑO y DAVILA
EDITORES

Imagen de tapa: Acr. 67. © Acropolis Museum, 2011. Fotografía: Vangelis Tsiamis (Placa dedicatoria de terracota (510-490 a.C.), por Eutímides y/o su círculo, hallada en 1885 entre los Propíleos y el Erecteion)

Diseño: Gerardo Miño

Composición: Eduardo Rosende

Edición: Primera. S

ISBN: 978-84-18095-91-7

Depósito legal: M-16330-2021

Códigos IBIC: HBLA1 (Historia clásica/civilización clásica); 1QDAG (Antigua Grecia); 1QDAR (Antigua Roma)

Lugar de edición: Buenos Aires, Argentina

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2021, Miño y Dávila srl / © 2021, Miño y Dávila sl



dirección postal: Tacuarí 540 (C1071AAL)

Ciudad de Buenos Aires, Argentina

tel-fax: (54 11) 4331-1565

e-mail producción: produccion@minoydavila.com

e-mail administración: info@minoydavila.com

web: www.minoydavila.com

redes sociales: [@MyDeditores](https://www.facebook.com/MinoyDavila), www.facebook.com/MinoyDavila,
[instagram.com/minoydavila](https://www.instagram.com/minoydavila)

PROGRAMA



Consejo de dirección:

MARCELO CAMPAGNO (Universidad de Buenos Aires-CONICET);
JULIÁN GALLEGO (Universidad de Buenos Aires-CONICET);
CARLOS GARCÍA MAC GAW (Universidad Nacional de La Plata-Universidad de Buenos Aires).

Comité asesor externo:

JEAN ANDREAU (École des Hautes Études en Sciences Sociales, París);
JOSEP CERVELLÓ AUTUORI (Universidad Autónoma de Barcelona, España);
CÉSAR FORNIS (Universidad de Sevilla, España);
ANTONIO GONZALÈS (Université de Franche-Comté, Francia);
ANA IRIARTE (Universidad del País Vasco, España);
PEDRO LÓPEZ BARJA (Universidad de Santiago de Compostela, España);
ANTONIO LOPRIENO (Universidad de Basilea, Suiza);
FRANCISCO MARSHALL (Universidade Federal de Rio Grande do Sul, Brasil);
DOMINGO PLÁCIDO (Universidad Complutense de Madrid, España).

Hans Beck / Julián Gallego / Carlos García Mac Gaw / Francisco Pina Polo
(compiladores)

ENCUENTROS CON LAS ÉLITES DEL MEDITERRÁNEO ANTIGUO

Liderazgo, estilos de vida, legitimidad



Estudios del Mediterráneo Antiguo / PEFSCA N° 21

Índice de contenido

Prólogo

por Julián Gallego - Carlos García Mac Gaw

Introducción

por Hans Beck - Francisco Pina Polo

Lo justo, lo bueno y lo poderoso. Estrategias de autoconfiguración aristocrática en la Grecia arcaica
por Elke Stein-Hölkeskamp

Antiguas guerras entre vecinos. Rituales y propaganda
por Natasha Bershadsky

Localismo y conectividad. ¿Cuán locales fueron las élites de la Grecia clásica?
por Hans Beck

El *agón* atlético como expresión de un ideal elitista en la antigua Grecia
por Fábio de Souza Lessa

Moda oligárquica e indiferenciación democrática en la Atenas de finales del siglo V a.C.
por Julián Gallego

Imitatio regis: lealtad, helenización y prestigio en el reino seléucida
por Alex McAuley

La política del elitismo: la República romana, entonces y ahora, en la vieja Europa y en el bravo nuevo mundo anglófono
por Karl-J. Hölkeskamp

Diálogo romano-lucano: las élites locales y la integración cultural en la Lucania de la República tardía

por Ilaria Battiloro

Hijos, hermanos y demás parientes en las comitivas de los mandos romanos durante la República: un comportamiento distintivo de la *nobilitas*

por Alejandro Díaz Fernández

¡Parece salido de un museo! Comunicación de élite, artefactos culturales y Escipión Emiliano

por Brahm Kleinman

Gobernar hablando: política y conversaciones de la élite en la República romana tardía

por Cristina Rosillo-López

El consulado sufecto durante la época triunviral

por Francisco Pina Polo

Reflexiones sobre la élite campesina romana a partir de *Eneida* de Virgilio

por Cecilia Ames - Guillermo De Santis

El líder político a inicios de la República romana: en nombre de la *libertas* y la *res publica*

por Catalina Balmaceda

La *recitatio funebris* de M. Aquilio Regulo. Autopromoción y comunicación de las élites en la Roma del Alto Imperio

por Clément Bady

Élites femeninas y masculinas en la economía de Pompeya romana

por Jonathan Scott Perry

Liderazgo, legitimidad y obras públicas en la montañosa Cilicia romana

por Tim Howe

Las transformaciones de las élites urbanas en la Antigüedad tardía: ¿Una crisis de hegemonía aristocrática?
por Julio Cesar Magalhães de Oliveira

Las élites donatistas: liderazgo social y conflicto religioso en el norte africano (siglos IV-V)
por Carlos García Mac Gaw

Prólogo

Entre los días 30 de agosto y 1 de septiembre de 2017, en la sede del Centro Cultural Paco Urondo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, se llevó a cabo el *VI Coloquio Internacional: "Encuentros con las élites del mundo antiguo. Liderazgo, estilos de vida, legitimidad"*. Participaron en el encuentro miembros del PEFSCA, así como académicos de universidades de nuestro país, junto con reconocidos investigadores de universidades de Alemania, Brasil, Canadá, Chile, España, Estados Unidos, Francia y Reino Unido.

Las élites dirigentes son un objeto de atención creciente para el interés de las investigaciones académicas, así como para el público en general. Tal interés no es lejano a la evolución económico-social planetaria, que evidencia una fase de concentración de la riqueza extraordinaria desde el vuelco ocurrido en la década de 1980 que se ha extendido desde los países centrales desarrollados a las regiones periféricas. En los últimos años se ha producido un salto cualitativo en los estudios históricos sobre las élites; la organización de este coloquio se encuadra en dicha tendencia. Sin embargo, la investigación en este campo no se limita con exclusividad a los espacios académicos, sino que también se ha nutrido del conocimiento público proveniente de la experiencia política actual, que revela cómo las élites utilizan los medios de comunicación para obtener apoyos para sus respectivas agendas.

Como es habitual en las reuniones organizadas por el PEFSCA, nuestro foco de estudio se ciñe a la historia del Mediterráneo antiguo, espacio y período en el que la interacción entre el estatus social y la organización política constituye un lugar común. Pero solo a partir del giro

cultural los estudiosos han comenzado a explorar las interconexiones profundas de este binomio. En esta línea de investigación, la actividad pública de las élites, sus estrategias de comunicación, el uso de su capital económico, cultural y simbólico, los ámbitos de su acción y la diferenciación de sus roles públicos han sido sometidos a escrutinio por los investigadores. Con el fin de profundizar en la interfaz entre sociedad y política, el coloquio se ha centrado en tres vectores de distinción de las élites en el mundo greco-romano: la comunicación del liderazgo y de los roles propios del liderazgo, la distinción de las élites a través de estilos de vida locales y globales y, finalmente, las estrategias discursivas para asegurar la legitimidad de las élites.

Los enfoques expuestos resultan necesariamente variados y abordan desde diversas perspectivas los factores de diferenciación establecidos por las distintas élites mediterráneas. En consecuencia, los trabajos que componen el presente volumen cubren un amplio arco que incluye miradas de corte teórico general, como el estudio de la construcción de la imagen elitista aristocrática en la Grecia arcaica, o el análisis de los grupos responsables de la difusión de rasgos helenizantes en los reinos helenísticos, o el enfoque comparativo de las historiografías en lenguas inglesa y alemana sobre la cultura política de la Roma republicana; se presentan, asimismo, miradas de alcance local, como el examen de las representaciones ligadas a los rituales y la propaganda organizados a través del ejercicio de las guerras locales entre vecinos eubeos, o el de la asimilación de modelos culturales romanos en la zona de Lucania, o el de los mecanismos de construcción de poder de la jerarquía donatista en el África romana. En los capítulos que componen este libro se estudian también tanto aspectos culturales, como la construcción de la imagen de las élites a través de la práctica y la representación de las competencias atléticas agonísticas, o

la comunicación de las posiciones políticas elitistas a través de la moda o de las inscripciones, o la utilización de los despojos artísticos como mensajes políticos, cuanto el papel cumplido por las élites en el plano militar para la afirmación de los liderazgos políticos.

La publicación de estos trabajos es, en parte, la expresión de la producción y el intercambio vivaz entre los expositores y con el público presente en el evento, que incluyó a colegas, estudiantes y aficionados a la historia. Si bien estas páginas no pueden dar cuenta cabalmente de esa participación, ellas son un testimonio vivo del vínculo resultante que se produce en los eventos del PEFSCA desde hace ya varios años.

Queremos manifestar nuestro más sincero agradecimiento al conjunto de personas e instituciones que han hecho posible el éxito del coloquio y esta publicación. En primer lugar, queremos expresar nuestra gratitud al profesor Hans Beck por su entusiasmo y su diligencia para realizar el evento en Buenos Aires y, a través suyo, a las respectivas instituciones que con sus aportaciones han permitido la concreción del encuentro (el Programa Anneliese Maier Research Award de la Alexander von Humboldt Stiftung/Foundation, la Cátedra John MacNaughton en la McGill University, a cargo de Hans Beck en ese momento, y la Cátedra de Historia de Grecia en la Universität Münster). Asimismo, agradecemos al profesor Francisco Pina Polo, quien confió en nuestra capacidad para realizar el evento, dando así el impulso inicial. Vaya también nuestra gratitud a los colegas y las colegas participantes, que en varios casos realizaron sus viajes y estadías en Argentina a sus expensas, permitiendo que el evento pudiera plasmarse. El agradecimiento también debe hacerse extensivo a la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) que hicieron posible con sus ayudas que el

coloquio pudiera llevarse a cabo. Finalmente, queremos dar las gracias a nuestro infatigable equipo del PEFSCCEA que desinteresadamente ha colaborado en la organización del evento -Sergio Amor, Sergio Barrionuevo, Diego Paiaro, Marcelo Perelman, Fernando Piantanida, Mariano Requena, Agustín Saade, Pablo Sarachu, Marianela Spicoli, Mariano Splendido-.

J. Gallego - C.G. García Mac Gaw

Introducción

Hans Beck - Francisco Pina Polo

Es paradójica la frecuencia con la que se han anunciado giros académicos en los últimos años, entre otros el espacial, el performativo y el de las redes. A veces, estos giros son simplemente subsumidos bajo el paraguas de un giro cultural inclusivo. En realidad, se encuentra más literatura sobre estas cuestiones que investigadores anunciando nuevos descubrimientos. Como Karl-Joachim Hölkeskamp (2015) ha observado, la caracterización de cada uno de estos giros en las Ciencias Humanas radica en modestos avances desde perspectivas cambiantes, ampliaciones temáticas y aproximaciones teórica y metodológicamente más complejas. Si bien ninguno de estos avances constituye un resultado innovador como tal, su interacción sí lo es: es necesario explorar las sociedades antiguas de manera que pueda mostrarse la interacción e interdependencia de una amplia red de contextos y expresiones culturales.

En paralelo a estas tendencias y avances, el estudio de las élites antiguas ha experimentado un salto significativo en los últimos años. Durante mucho tiempo se ha sostenido que las antiguas élites mediterráneas, independientemente de la configuración institucional y del tamaño del grupo, eran modeladas por el hecho de que había, en el extremo opuesto del espectro social, un elevado número de personas no pertenecientes a las élites que estaban sujetas a su autoridad. En ese sentido debe entenderse la celebre afirmación de Ronald Syme (1939: 7): “en todas las épocas, cualquiera que sea la forma y el nombre del gobierno, ya sea monarquía, república o democracia, una oligarquía

acecha detrás de la fachada”¹. Esta proclamación merece una cuidadosa reflexión en más de un sentido. Porque mientras Syme, el gran historiador del Imperio Romano, en su intento por asomarse tras la “fachada” de gobierno se propuso revelar las fuerzas de la ‘revolución’ augústea, su veredicto pasó sin problemas de un paradigma gubernamental a una configuración más universal, una configuración en la que, por un lado, había unas pocas personas que ejercían el poder, sobre todo mediante el monopolio de diferentes formas de capital características del gobierno de la élite premoderna -económico, cultural, simbólico-, y, por otro lado, estaba la mayoría de las personas sujetas a ese poder.

En la historia del Mediterráneo antiguo, el rasgo general del dominio de las élites es que se construyó sobre la intrincada relación entre el estatus social y una organización política que estaba a su vez orientada hacia la preeminencia de los niveles superiores de la sociedad. Sin embargo, el simple binomio élites/no-élites se complica a causa de las múltiples conexiones y relaciones mutuas que trascienden esa clara división. Por ejemplo, en el caso de las élites griegas, desde el final del período arcaico hasta comienzos del período helenístico se ha argumentado que su enraizamiento en las ciudades-estado que se suelen etiquetar como democráticas u oligárquicas -o, en pocos casos, autocráticas, caracterizadas por el gobierno de un círculo o clan restringido- no se tradujo en estrategias de distinción que fueran invariablemente de naturaleza democrática u oligárquica. Las élites de las ciudades-estado de la Grecia egea estaban expuestas a la misma conformación social de unos ‘pocos’ frente a los ‘muchos’, a menudo respaldada por regulaciones políticas que proporcionaban una apariencia o más democrática o más oligárquica. Sin embargo, en su intento por asegurar la jerarquía y la distinción social, las élites griegas dieron un

giro a las formas específicas de la cultura para crear una jerarquía que les permitiera navegar por las relaciones potencialmente volátiles con las no-élites y adherirse a un código común de comunicaciones (Ober, 1989).

En otras palabras, los gobernados -los 'muchos'- no eran simplemente sujetos pasivos sino agentes activos en la medida en que formulaban expectativas (sociales, económicas, de comportamiento) que debían ser atendidas por las élites. Las estrategias de respuesta tenían unas veces más éxito que otras, y esas tasas de éxito diferían considerablemente en muchos lugares. Pero la combinación no era casi nunca distinta: la interacción cotidiana en la cultura abierta de la *polis* griega requería, además de leyes sobre los derechos políticos, modos de comunicación y participación pública bien definidos que dieran continuidad al dominio de la élite. Es digno de ser destacado que las altas instancias de muchas ciudades griegas fueron demostrablemente incapaces de asumir esa tarea, es decir, de dar forma a las condiciones sociales que aseguraban su estatus a lo largo del tiempo. Esta es en sí misma una observación interesante sobre el poder de la élite en la antigua Grecia.

El binomio entre unos pocos gobernantes y los muchos gobernados se ha complicado notablemente en los estudios sobre el carácter político de la República romana². Aquí también la imagen tradicional de la élite aristocrática ha sido cuestionada sobre la base de la dependencia de la nobleza de las masas o *populus*. La República romana no fue por supuesto una democracia, aunque cabe señalar que precisamente esta afirmación ha puesto en marcha un vivo debate internacional y, ciertamente, ha dado lugar a una auténtica oleada de estudios sobre la Roma pre-imperial que virtualmente se ha llevado por delante las concepciones que se tenían de las élites republicanas. Una de las nociones básicas de este debate es que la aristocracia romana

estableció un conjunto único de vínculos, obligaciones y responsabilidades mutuas con el pueblo que sirvieron para cohesionar la sociedad. Más allá de su papel genuinamente político como cuerpo electoral que determinaba la nómina de aristócratas que desempeñaban cargos públicos cada año, el pueblo de Roma, aunque sujeto al gobierno del senado y de las familias que lo componían, constituía un elemento común de referencia, consagrado por el tiempo, y con unas *auctoritas* y *dignitas* propias era un agente social que exigía y demandaba de las élites un complicado código de comunicación. El pueblo romano no ejercía el poder en el marco de unas instituciones democráticas, pero es evidente que resulta demasiado fácil reducir su papel al de receptor pasivo de la autoridad de la élite.

Estos ejemplos indican cómo la actuación de las antiguas élites, sus estrategias de comunicación, su uso de capitales diversos y la delimitación de sus funciones públicas han sido objeto del escrutinio de la investigación. Por extensión, este enfoque incluye también el estudio de múltiples lugares y escenarios en los que las actuaciones de las élites tenían lugar ante una audiencia más amplia: por un lado, los lugares formales de interacción (lugares de reunión política), como los espacios religiosos y los sitios de esparcimiento colectivo (teatro, estadio); por otro lado, los lugares informales tales como el mercado o simplemente 'la calle', un espacio que se ha identificado como fundamental para la creación de un orden y una organización determinados. En definitiva, las antiguas élites mediterráneas tenían que demostrar su competencia y respetabilidad en todos estos ámbitos, y por lo tanto no solo debían ser líderes del progreso y la innovación, como Max Weber las describió, sino también líderes en el contexto de unos complejos sistemas de comunicación (Beck, Scholz & Walter, 2008).

Para materializar estos aspectos, las élites antiguas deben ser ubicadas ante todo en el contexto de la cultura.

Por ello este volumen se centra en tres vectores del elitismo en particular, tanto en el mundo griego como en el romano: la comunicación del liderazgo y de las funciones propias del liderazgo; la distinción de la élite mediante estilos de vida reconocibles; y las estrategias discursivas para asegurar la legitimidad de la élite. Y lo hace a través de una serie de artículos cuyos autores abordan estos temas desde diferentes perspectivas.

El volumen se inicia con el capítulo de Elke Stein-Hölkeskamp, quien analiza las estrategias de autoconfiguración de las élites en la Grecia arcaica, en particular los criterios que determinaban el estatus, el rango y la preeminencia de los individuos. A partir del estudio de las fuentes antiguas sobre el período, la autora llega a la conclusión de que las élites fueron incapaces de reaccionar colectivamente a los retos que las *poleis* iban creando en sus nuevas estructuras. Por el contrario, fueron más bien aristócratas individuales los que asumieron de diversas maneras los nuevos roles que progresivamente correspondían a las élites. Eso conduce a una conclusión fundamental: esas variadas reacciones en el contexto del proceso de formación de la *polis* subrayan la fuerza de los aristócratas individuales y la debilidad estructural de las aristocracias como colectivos, y esa es una de las características básicas de la denominada “edad de la experimentación” griega.

Por su parte, Natasha Bershadsky aborda en su investigación dos conflictos bélicos en el mundo griego, la Guerra Lelantina y los enfrentamientos argivo-espartanos por la Tireátide. Bershadsky propone inscribir ambas confrontaciones en un marco mítico. Desde esa perspectiva, las disputas por la llanura lelantina y la Tireátide no constituyeron guerras propiamente dichas, sino más bien enfrentamientos rituales. En ellos los participantes, que pertenecían a la élite social, recreaban mitos de antiguas luchas sobre los territorios en disputa, y las batallas servían

como ritos de paso para los jóvenes de esa élite. La recreación ritual de las antiguas luchas implicaba un modo simbólicamente potente de representar la identidad de la élite en el período arcaico, al tiempo que constituía un arma poderosa en las luchas entre facciones democráticas y oligárquicas en el período clásico.

Siempre en el ámbito griego, Hans Beck centra su contribución en la ciudad de Corinto para, desde ella, reflexionar sobre la estrecha relación de las élites sociales con el ámbito local en el que desempeñaban un papel de liderazgo. Existía ciertamente en el Mediterráneo en la Antigüedad una evidente conectividad entre sociedades (muy) lejanas y distintas, pero las élites encontraban el sentido de su existencia en su anclaje social y cultural en la comunidad en la que residían. Es ese localismo abierto a la conectividad internacional el que Beck enfatiza en su análisis.

Fabio de Souza Lessa defiende en su estudio que las competiciones atléticas (*agônes*) fueron en el mundo griego siempre un fenómeno ligado a la aristocracia, tanto en la época arcaica como en el período clásico. De acuerdo con el autor, incluso cuando la democracia se abrió paso en algunos estados griegos, los atletas siguieron procediendo exclusivamente de las filas aristocráticas. La explicación de ello se encuentra en la necesidad para los atletas de tener los medios necesarios para su subsistencia independiente, así como el tiempo libre para dedicarse a la práctica deportiva.

Durante la guerra del Peloponeso, una moda laconizante parece haberse impuesto entre los jóvenes de los círculos oligárquicos de la élite ateniense, reflejada en una vestimenta austera y en el uso de cabello largo. Julián Gallego sostiene en su capítulo que no se trataba solamente de una cuestión estética, ni tampoco de una declaración clasista en el plano ideológico, sino que pretendía configurar una identidad política y comunicar públicamente, al mismo

tiempo, la existencia de un grupo dispuesto a pasar a la acción. Era una forma de intentar subvertir la democracia ateniense, con el objetivo último de instaurar un régimen oligárquico.

Como Alex McAuley afirma al inicio de su contribución, la gran rapidez con la que los territorios conquistados por Alejandro comenzaron a adoptar rasgos que pueden ser calificados como “griegos” resulta un fenómeno fascinante. El autor retoma la pregunta que la investigación se ha planteado desde hace mucho tiempo, sobre quién fue el responsable de la activa difusión de la lengua, la cultura y las costumbres en los territorios helenísticos, y la centra en particular en el reino seléucida y, en concreto, en la región de Capadocia. McAuley sostiene que, en el caso de Capadocia, este fenómeno de imitación helenizadora no debe ser atribuido exclusivamente a reyes o ciudades, sino a las élites “imperiales” regionales del reino seléucida. Esta helenización, a su vez, se filtró a otros niveles de la sociedad en un proceso de emulación de las élites.

El subsiguiente capítulo de Karl-Joachim Hölkeskamp sirve para dar paso en el volumen al mundo romano, y en particular a su período republicano. Hölkeskamp expone en su artículo la evolución de la historiografía sobre la República romana desde la perspectiva de la interacción y/o confrontación científica entre los investigadores europeos continentales, en particular alemanes, y los que trabajan en el ámbito anglófono, para finalizar planteando brevemente cuáles son, en estos momentos, los temas de mayor actualidad en torno a la denominada “cultura política” de la República romana, sin duda uno de los grandes debates historiográficos en las últimas décadas.

Ilaria Battiloro aborda una cuestión mucho más específica, en concreto el proceso de interacción entre las élites romanas y lucanas durante la República tardía. Para ello, la autora analiza el material arqueológico procedente de los santuarios locales en la región de Lucania, lo que

permite explorar el proceso de asimilación de modelos culturales romanos, pero también el diálogo cultural que se estableció entre Roma y las comunidades indígenas del territorio lucano.

Las provincias del imperio constituían para los miembros de la aristocracia romana un ámbito donde desarrollar sus habilidades políticas, militares y administrativas, bien cumpliendo su servicio militar en las primeras fases de su carrera política, bien como *imperatores* al frente de un territorio en el desempeño de una magistratura superior. En este último apartado, el gobernador de una *provincia* iba al territorio bajo su mando siempre acompañado por la denominada *cohors praetoria*, un *consilium* formado por personas de confianza del *imperator* que le asesoraba administrativa, judicial y militarmente según cuáles fueran las características de la provincia. Alejandro Díaz Fernández estudia en su contribución la participación de hijos, hermanos y otros familiares en esas comitivas provinciales y cuál era su cometido durante su estancia en la provincia.

En el año 146 a.C., la ciudad de Cartago fue saqueada por el ejército romano bajo el mando de Escipión Emiliano. El sitio y posterior pillaje de la ciudad norteafricana fueron calificados por las fuentes antiguas como brutales. Sin embargo, Emiliano es alabado por esas mismas fuentes por el trato que dio al botín obtenido, al que declaró público mientras proclamaba que devolvería muchos de los objetos culturales hallados a sus auténticos propietarios, los griegos de Sicilia. Brahm Kleiman muestra en su capítulo que Escipión Emiliano utilizó retóricamente esos objetos para afirmar algunas de sus virtudes públicas (en particular la moderación y la generosidad) ante diferentes audiencias, tanto griegos y sicilianos como el pueblo romano, pero también ante otros miembros de la aristocracia romana.

Cristina Rosillo-López, por su parte, analiza un aspecto de la política no oficial, en tanto que tenía lugar fuera de los espacios públicos habilitados para ello, pero fundamental

para el funcionamiento de la *res publica*. La autora estudia, durante la República tardía romana, las conversaciones y reuniones privadas cara a cara entre políticos como instrumento imprescindible de comunicación y circulación de información, por un lado, y de realización de negociaciones y acuerdos previos a la toma de decisiones, por ejemplo en el senado, por otro lado. Su análisis proporciona una nueva perspectiva de las relaciones interpersonales dentro de la élite y de cómo la política romana se desarrollaba en la práctica.

El período final de la República romana bajo el gobierno de los triunviros Antonio, Lépido y el joven César es en muchos aspectos excepcional desde la perspectiva institucional (pero también económica o militar). Francisco Pina Polo centra su artículo específicamente en el consulado sufecto, que perdió el carácter sustitutorio extraordinario que había tenido a lo largo de toda la República para convertirse en permanente durante el período triunviral, de modo que cada año, junto con los cónsules ordinarios, hubo varios cónsules sufectos. Con ello, los triunviros buscaban recompensar la lealtad de sus más fieles aliados políticos, al tiempo que fortalecían su posición al depreciar implícitamente el consulado, convertido en una magistratura de inferior categoría dependiente del triunvirato.

Cecilia Ames y Guillermo de Santis estudian la *Eneida* virgiliana como un acto de memoria histórica en homenaje al campesinado romano e itálico que fue ampliamente perjudicado por el avance imperialista de Roma, desde el momento en que su participación en los ejércitos conquistadores provocó la ruina de muchos de ellos, su desplazamiento y, en última instancia, la transformación del campo italiano. En opinión de ambos autores, si bien lógicamente el campesinado anónimo no protagoniza el poema épico, Virgilio deja clara en él su imprescindible presencia e importancia histórica.

Tito Livio es una fuente de información imprescindible para quienes investigan sobre la República romana, es el gran cronista de la historia de Roma desde sus inicios hasta su propia época. Catalina Balmaceda centra su artículo en el análisis de los *exempla* que Livio presenta en los años iniciales del período republicano como parangonables a la situación histórica de la época augústea en la que él escribe. La “formación” de la República es comparable –o implícitamente comparada– a la presunta “restauración” de la *res publica* que Augusto habría llevado a cabo, y las características morales, más que políticas, de los líderes que habían forjado Roma serían así proyectadas a las del nuevo líder al frente del imperio.

Más allá de los aspectos puramente literarios, la *recitatio*, en tanto que lectura realizada ante un público, es un hecho social en estrecha relación con la historia cultural de las élites romanas. Es desde esta perspectiva desde la que Clément Bady analiza la *recitatio funebris* de Marco Aquilio Régulo, datada alrededor del año 104 d.C. y recogida por Plinio el Joven. Su *recitatio* debe ser entendida en el contexto de la competencia aristocrática, como un instrumento para distinguirse de otros miembros de la élite. En ese sentido, Régulo se muestra especialmente hábil para promocionar su estatuto aristocrático, dirigiéndose al público de las ciudades de Italia y del imperio, utilizando los mecanismos sociales de la elocuencia y de la literatura.

A partir fundamentalmente del material epigráfico conocido, Jonathan Scott Perry se centra en el ámbito económico relativo a una serie de oficios relacionados con el trabajo artesanal en el mundo romano. En su análisis, trata fundamentalmente de explorar la intersección entre clase social y género, y en particular el posible rol económico y de liderazgo de las mujeres, en muchas ocasiones oculto o difuminado por la escasez de información, pero también por los prejuicios de la historiografía moderna.

A continuación, Timothy Howe nos lleva a *Cilicia Tracheia* en Anatolia, en concreto a su capital Antioquía, con el objetivo de estudiar, sobre todo a partir de las inscripciones honoríficas asociadas a edificios públicos, el modo en que se desarrollaron y fomentaron prácticas y valores compartidos entre las élites locales e internacionales como instrumento de lealtad al Imperio Romano y, al mismo tiempo, de consolidación del liderazgo local. El autor llega a la conclusión de que, en términos generales, no se debe hablar de ruptura sino más bien de continuidad: los monumentos públicos enfatizan la permanencia del espacio político y sagrado dentro de la nueva presencia romana imperial, simplemente integrando ahora a las élites romanas.

Los dos últimos artículos del volumen están dedicados a la Antigüedad tardía. Durante los siglos IV, V y VI, las élites dominantes dentro del Imperio Romano siguieron siendo, como lo eran en las centurias anteriores, aristocracias civiles, políticas y urbanas, todavía sin el carácter militar que tuvieron más adelante. A pesar de esa continuidad, en ese período tuvieron lugar cambios en la vida urbana que pusieron en cuestión los instrumentos de control de la población urbana y las formas tradicionales de legitimación aristocrática. Esa es la cuestión específica que aborda Julio Cesar Magalhães de Oliveira en su capítulo. Finalmente, Carlos García Mac Gaw estudia en particular los rasgos del liderazgo dentro de la dirigencia donatista disidente en el Norte de África en los siglos IV y V, no tanto dentro de las estructuras religiosas sino fuera de ellas, es decir, los líderes religiosos como terratenientes, abogados y magistrados, y cómo esas circunstancias sirvieron como mecanismos de construcción de poder.

En definitiva, este volumen recorre desde perspectivas muy diversas y variadas el papel desempeñado por las élites sociales en el ámbito local, regional e internacional, en particular su interacción y confrontación social,

económica y política, su capacidad de supervivencia desde la transformación, y su poderosa contribución a la creación de culturas modeladas a su conveniencia, y todo ello en un recorrido cronológico que nos conduce desde la Grecia arcaica hasta la Antigüedad tardía, pasando por la Grecia clásica, el mundo helenístico, la República romana y el Principado, siempre dentro del rico y fructífero ámbito mediterráneo.

Bibliografía

Beck, H., Scholz, P. & Walter, U. (eds. 2008). *Die Macht der Wenigen. Aristokratische Herrschaftspraxis, Kommunikation und edler Lebensstil in Antike und Früher Neuzeit*, München.

Hölkeskamp, K.-J. (2015). "'Performative turn' meets 'spatial turn'. Prozeionen und andere Rituale in der neueren Forschung", en D. Boschung, K.-J. Hölkeskamp & C. Sode (eds.), *Raum und Performanz. Rituale in Residenzen von der Antike bis 1815*, Stuttgart, 15-74.

Hölkeskamp, K.-J. (2019). *La cultura política de la República romana. Un debate historiográfico internacional [2016]*, tr. F. Pina Polo y C. Rosillo-López, Zaragoza-Sevilla.

Ober, J. (1989). *Mass and Elite in Democratic Athens: Rhetoric, Ideology, and the Power of the People*, Princeton.

Syme, R. (1939). *The Roman Revolution*, Oxford.

"[I]n all ages, whatever the form and name of government, be it monarchy, republic, or democracy, an oligarchy lurks behind the façade".

Véase ahora, en traducción al español, K.-J. Hölkeskamp, *La cultura política de la República romana: un debate historiográfico internacional*, Zaragoza-Sevilla, 2019.

Lo justo, lo bueno y lo poderoso. Estrategias de autoconfiguración aristocrática en la Grecia arcaica¹

Elke Stein-Hölkeskamp
(Universität Duisburg-Essen)

Las siguientes reflexiones sobre las estrategias de autoconfiguración en la Grecia arcaica se centrarán en la cuestión de la pertenencia y participación en una élite. Esto implica, en términos concretos, los criterios que determinan el estatus, el rango y la preeminencia de los individuos. La tradición literaria parece ser bastante clara en este aspecto. Después de todo, los textos desde la *Ilíada* en adelante versan sobre las cualidades específicas de los héroes individuales y líderes de la envergadura y reputación de un Aquiles, un Héctor o un Odiseo, que invariablemente buscan “ser siempre los mejores y superar a todos los demás”. También en la poesía arcaica, desde Arquíloco hasta el *Corpus Theognideum*, estos criterios de excelencia y preeminencia, por los cuales los aristócratas individuales superan a los demás, ocupan invariablemente un lugar central. Sorprendentemente, sin embargo, desde los primeros textos en adelante, los poetas toman también, y sobre todo, una postura muy crítica hacia la élite. Son estos textos los que proporcionan un acceso ideal a nuestro tema².

Permítaseme comenzar con un poema de Arquíloco, nacido alrededor del año 680 a.C. en la isla de Paros. Arquíloco (fr. 114 West), quien tuvo una vida sumamente aventurera como mercenario, rechaza al tipo homérico, por así decirlo, del guerrero alto y bello, de larga cabellera y postura orgullosa: no tiene “ningún agrado por el general

corpulento de andar jactancioso, que presume de sus rizos o se afeita con cuidado”; prefiere uno que sea “menudo, que en sus canillas se aprecie que es zambo, que se plante con firmeza y esté lleno de valor”³. A mediados del siglo VII a.C., el espartano Tirteo (fr. 11 West) formula una crítica fundamental y exhaustiva de las actitudes y el comportamiento de los miembros de la élite de su época. En sus elegías, niega enfáticamente que un hombre “por su excelencia en el correr o en la pelea de puños”, aun si “venciera en carrera al tracio Bóreas” o “tuviera la altura y la fuerza de un Cíclope”, sea digno de estima y recuerdo. Simplemente no reconoce la belleza y la fuerza física, el éxito en las competiciones atléticas, la riqueza y la elocuencia como signos de excelencia personal e individual. Para él, la única virtud verdadera (*areté*) es el “impetuoso coraje”, y eso significa que

... osa presenciar la matanza sangrienta y, manteniéndose cerca, sabe lanzarse contra el feroz enemigo. Eso es excelencia. Esa es, entre los hombres, la máxima gloria y el más hermoso premio al alcance de un joven guerrero. Un bien común a la ciudad y al pueblo entero es el hombre que, erguido en vanguardia, se afirma sin descanso.

Estos valores cooperativos marcan al hoplita en la falange y constituyen cualidades centradas en la comunidad de la *polis*.

Hacia mediados del siglo VI se tiene una evidencia similar en los fragmentos de Jenófanes de Colofón. Este poeta critica la excesiva exuberancia de la élite de su *polis* natal: “Acudían al ágora no menos de mil en total, con mantos teñidos de púrpura todos, jactanciosos, ufanos de sus muy cuidadas melenas, impregnados de ungüentos de aroma exquisito”, una suerte de “lujo inútil”, que habían aprendido “de los lidios” (fr. 3 West). Incluso más, su crítica está dirigida a la excesiva estima y el reconocimiento de que gozan los campeones olímpicos: lamenta la inutilidad de las actividades deportivas para la comunidad de la *polis* y critica los valores subyacentes y, de hecho, la mentalidad

de grupo estamental que gira en torno a la competencia, o más bien a la competitividad por sobre todo y solo en este ámbito: un hombre que obtuviera

... una victoria por la rapidez de sus pies o en el pentatlón... o bien en la lucha, o bien en ese espantoso certamen que llaman 'pancracio', muy ilustre se hace a los ojos de sus convecinos, y puede alcanzar la gloriosa 'proedría' en los Juegos, y recibir alimentos a cargo del erario público, y de su ciudad un regalo, que tenga por premio.

Todo esto no contribuiría al "buen gobierno" de la ciudad ni a "engrosar" su tesoro (Jen., fr. 2 West). La crítica en uno de los poemas del *Corpus Theognideum* apunta en un sentido similar. El poeta confronta a sus conciudadanos con una pregunta polémica:

¿Cómo vuestro corazón tiene el valor de cantar al son de la flauta? Desde la plaza se ve la frontera de nuestra tierra, que os alimenta con sus frutos, ¡a vosotros que en vuestros rubios cabellos lleváis en los banquetes rojas guirnaldas!

Los convoca a llorar "por esta tierra perfumada" que se pierde ante el enemigo, a recortar sus cabellos y poner fin a la fiesta (Teognis, 825-830).

Estos textos enumeran una serie de características consideradas típicas para los miembros de la élite y que, al mismo tiempo, son vehementemente denunciadas como innecesarias y hasta dañinas y destructivas para la comunidad: riqueza y vida ociosa, físico esbelto y fuerte, osadía y arrogancia, elegancia y elocuencia. Estas marcas de preeminencia son invariablemente resultado de cualidades personales, posesiones y logros individuales, obtenidos y acumulados en prácticas culturales competitivas. Estas prácticas consistían en una gran variedad de actividades en las que cualquier persona que tuviera los medios y recursos necesarios podía invertir su tiempo y energía. Al mismo tiempo, sin embargo, los fragmentos de estos poetas -que son, después de todo, nuestra fuente más importante para la historia social de la era arcaica- no ofrecen ningún criterio objetivo,

universalmente válido y aplicable en las distintas circunstancias para definir de manera clara y efectiva al grupo en la cima en la escala social⁴.

Cualquier intento de definir las características de la élite por medio de un análisis de su base social resulta igualmente problemático. En este caso particular, un enfoque sociohistórico debe estar centrado en las características concretas de esta élite como tal, sin recurrir a presupuestos y generalizaciones derivados de analogías implícitas con el patriciado de la Roma republicana, o las aristocracias de la Edad Media o la temprana Modernidad europea. Los resultados de la investigación en las últimas décadas, especialmente a raíz de las conclusiones propuestas por estudiosos franceses como Félix Bourriot (1976) y Denis Roussel (1976), se pueden resumir de la siguiente manera: desde el principio, ha sido y sigue siendo una característica esencial de la aristocracia –o más bien, de los aristócratas– el actuar invariablemente como tales, es decir, como individuos y no como un grupo o “clase” coherente y homogénea. Dado que nunca hubo algo parecido a estructuras gentilicias o linajes, el nacimiento noble no pudo convertirse en un criterio decisivo, y mucho menos exclusivo, del estatus y el rango aristocráticos. Las familias nucleares nunca formaron comunidades más amplias con relaciones agnadas o cognadas. Solo las relaciones agnadas inmediatas (padres, hermanos e hijos) estaban a cargo del matrimonio, funerales y rituales similares. En pocas palabras: las familias aristocráticas y, por lo tanto, los aristócratas como individuos nunca estuvieron interconectados en estructuras familiares de amplio o incluso mediano alcance⁵.

La unidad básica de la sociedad arcaica era el *oîkos*. Todos los miembros de la élite eran propietarios de un gran *oîkos*, que comprendía no solo a la familia nuclear, sino también a esclavos, trabajadores libres, “amigos” y

seguidores. Existen muchos pasajes en la épica homérica y la poesía arcaica que atestiguan la importancia fundamental de esta base para el rango y el estatus del individuo. Era en y gracias al *oîkos* que se producían los recursos que permitían ese estilo de vida aristocrático que los poemas de Arquíloco, Tirteo, Jenófanes y Teognis describen como signo de distinción por excelencia de las élites⁶. El rendimiento de la economía de *oîkos* era el que sustentaba la capacidad del aristócrata individual para participar en las prácticas sociales típicas, como el consumo competitivo ostentoso y el atletismo agonístico. En consecuencia, solo un hombre que tuviera un éxito demostrable en estas esferas de actividades estaba en condiciones de generar un rango elevado y un estatus aristocrático a través de estas formas de autoconfiguración en esta cultura de presencia física y visibilidad. En concreto, solo un propietario exitoso de un gran *oîkos* era capaz de ofrecer simposios, de entrenar su cuerpo y cultivarse, de ir de caza y criar caballos, y de realizar largos viajes para asistir a los festivales y juegos panhelénicos en Olimpia y otros lugares. Un hombre que no fuera capaz de mantener este amplio y exigente espectro de actividades generadoras de estatus y de estrategias para *fare la bella figura* perdería el capital simbólico, en términos de Pierre Bourdieu, que constituía la base de sus pretensiones de formar parte de la élite⁷.

Finalmente, quisiera volver sobre la pregunta importante: ¿qué ocurre con el rol de estas élites en el proceso que hemos estado llamando “el surgimiento de la *polis*” a partir de Victor Ehrenberg (1937)? Parece existir un consenso universal en que no debemos conceptualizar este proceso de formación de un tipo muy específico de organización sociopolítica como un desarrollo evolutivo unidireccional y uniforme de un conjunto de instituciones y procedimientos similares -en otras palabras, un proceso de diferenciación institucional en el que una élite como colectivo fuera, por

así decirlo, desempoderada poco a poco por un cuerpo ciudadano cada vez más consolidado-. Por un lado, este proceso fue mucho más complicado y variado debido a las propias características del grupo estamental de los "aristócratas", como se mencionó previamente. Por otro lado, este proceso ciertamente tuvo un amplio espectro de repercusiones para la situación de estos aristócratas y cambió su libertad de acción de muchas maneras. En cierto modo, el surgimiento y la estabilización de las instituciones centrales de la *polis* y la concomitante consolidación de los cuerpos ciudadanos deben considerarse como una respuesta indirecta a la perturbación permanente generada a través de la competencia y las luchas de poder entre los aristócratas, que cada vez más se consideró como un factor principal en la crisis desestabilizadora de las comunidades⁸. Estas comunidades y sus instituciones nacientes tomaron el centro del escenario en el sentido pleno de la metáfora -un lugar exclusivo, en el que se discutían todos los problemas y se tomaban soluciones vinculantes en procedimientos formalizados de decisión mayoritaria; vinculantes también, y sobre todo, para los aristócratas-⁹. En los procedimientos legislativos, electivos y de resolución de conflictos, las asambleas populares, los consejos y los magistrados tenían que cooperar a través de procedimientos firmemente institucionalizados. Actuar por mano propia, de manera personal (*self-help*), por ejemplo, bajo el modo de la venganza de sangre, fue reprimido paso a paso. Para los aristócratas, las posiciones de liderazgo en las instituciones nacientes como los consejos y las magistraturas fueron de particular importancia. Al principio, estas posiciones fueron, ciertamente, ocupadas por aristócratas que eran lo suficientemente influyentes como para hacer frente a las ambiciones de los competidores y para impulsar exitosamente su reclamo a estas nuevas posiciones de preeminencia. Fue la feroz competencia entre los